

SUMARIO

Crónica general, por Niemand; pág. 177.—Napoleón jefe de ejército: Marengo, (continuación) por el conde de Yorck Watenburg; traducción de don Luis Trucharte, comandante de Infantería; pág. 179.—Avance y fuego de la infantería en el combate (continuación), por E. Degiorgis, mayor general italiano, traducido por don Narciso Martínez y Aloy, capitán de Infantería; pág. 183.—Sección bibliográfica: La Balistique des armes a feu portatives, traducción de la Balística de las armas portátiles, del teniente coronel don Joaquín de la Llave y García, por P. de Schietere, capitán de la Infantería belga; pág. 188.—Variedades: La vida militar en Alemania: El mosquetero Horn, novela militar moderna (continuación), por M. Arthur Zapp; pág. 189.—

LAS GRANDES MANIOBRAS DEL SUR DE FRANCIA EN 1902 (con un croquis), por don Leopoldo Fuentes Bustillo, teniente coronel de E. M.

MANUAL DE FOTOGRAFÍA, por don Juan Luengo, capitán de Ingenieros.—Pliego 15.

CRÓNICA GENERAL

LA ADMINISTRACIÓN, LA INSTRUCCIÓN Y LA PREPARACIÓN PARA LA GUERRA.—EJÉRCITOS CREADOS POR LA GACETA.—EL PODER DE LA VOLUNTAD.—LA ESCUADRA FUTURA.—POR DONDE DEBE EMPEZARSE.—UNA FRASE DE PÉREZ GALDÓS.

En tiempo de paz, las tareas á que principalmente deben dedicarse los ejércitos, son las de administrar, instruirse y prevenirse. Casi estamos por decir que la administración, la preparación y la instrucción son cosas tan semejantes que existen simultaneamente, ó no existen. La administración es el predominio del orden; significa que hay un pensamiento, un plan, una regla fija, algo que marca á cada uno su órbita y en ella el cometido que debe desempeñar. Sin este orden, la instrucción y la preparación para la guerra son imposibles; con este orden, con este rigor, con la constancia que requiere la buena administración es imposible que no mejore la preparación para la guerra.

La administración es producto de la constancia. Procura, por medio de lo pequeño, llegar á lo grande. No transforma; retoca, lima, pule. Es hija de la VOLUNTAD y con esta palanca se mueven los mundos.... y se mejoran los ejércitos.

¡Hay que recoger hasta los átomos! ha dicho con peregrino acierto Pérez Galdós en su última producción dramática; y este es, en efecto la fórmula única para resolver no ya los problemas de índole económica, sino todos los problemas posibles. No es la fórmula usada; pero es la que debe usarse. Lo vulgar es crear una escuadra por medio de una ley, y por otra ley un ejército y por otra un sistema nuevo de instrucción, ó de

justicia ó de ferrocarriles ó de pantanos. Pero este sistema vulgar es puramente romántico. Pudo pasar hace treinta años. Hoy, cuando aunque tarde, nos hemos apropiado de algunas ráfagas del pensamiento de los hombres que piensan lejos de nosotros, empezamos á comprender esa ley universal, tan humana, tan noble, que dignifica tanto al hombre, y es que éste lleva en sí mismo la fuerza que le puede conducir á los más opuestos puntos de su horizonte: al bien ó al mal, á la virtud ó al vicio, al heroísmo ó la infamia, al orden ó al desorden, á la ciencia ó á la ignorancia, á donde quiera que la voluntad le encamine.

La voluntad no realiza las cosas de milagro, ni por medio de la lotería ni siquiera por leyes ó decretos. La voluntad emplea un trabajo rudo, continuado, utilizando como elementos la constancia y la perseverancia. La voluntad de cada uno, á veces de uno sólo, basta para producir transformaciones esenciales en un estado social, y téngase bien en cuenta, que sin que esa voluntad se manifieste enérgica, tenaz, no puede modificarse un organismo, no puede modificarse un ejército, no podrá desaparecer la ineficacia declarada de nuestro ejército.

La primera muestra de esa voluntad, si algún día aparece, en la milicia, se reconocerá, no por las reformas estupendas, sino por el orden y la administración. El problema militar español es problema esencialmente económico: no hay que hacer un presupuesto nuevo; sólo hay que borrar con perseverancia muchas líneas del antiguo. Si el lápiz rojo no corre, si no se van borrando las *pequeñas partidas* que son la ruina del conjunto, nuestra dolorosa ineficacia continuará, y continuará en aumento, que es lo peor.

* *

Escribimos estas líneas bajo la impresión del probable fracaso del proyecto de una nueva escuadra. Siempre tuvimos la confianza de que algún día la opinión reaccionaria y vería el estupendo sacrificio que iba á realizar el pueblo español. Lo primero en que hay que pensar, no es precisamente en crear una escuadra nueva, sino una marina nueva, y este es un problema cuya resolución no sabemos que se haya intentado. Y conste que no decimos esto por espíritu de crítica. Lo que decimos hoy de la marina lo decimos cada día del ejército; es decir, que si arrojamos la piedra al tejado ajeno, sabemos muy bien que tenemos el nuestro de vidrio muy delgado.

No hay que pedir nuevos sacrificios al país para aumentar las fuerzas militares, y no hay que pedirselos, porque no puede hacerlos. Los banqueros, los comerciantes podrán pagar nuevas contribuciones; pero estas contribuciones las pagan al fin el jornalero, el soldado, el oficial, el empleado de pequeño sueldo que no pueden vivir. No puede ser, no tendrá ejército ni marina un país en que el pueblo no come, en que el escrofulismo, la tisis y la ignorancia alcanzan horrible desarrollo, un país en que la

voluntad es nula, en que el espíritu público no existe. Para tener ejército y marina hay que administrar bien, y para administrar bien, para luchar y triunfar, Galdós lo ha dicho: ¡Hay que recoger hasta luchar los átomos!

NIEMAND.

NAPOLEÓN JEFE DE EJÉRCITO

(Continuación)

MARENGO

Indudablemente, estaba muy lejos de examinar cada eventualidad en sus menores detalles. Establecía sus planes en conjunto, persuadido de que en el curso de los acontecimientos su inteligencia y su energía sabrían sacar partido de los incidentes ó neutralizarlos. Esta negligencia en los detalles de la concepción es una cualidad sólo inherente á los grandes genios. Los éxitos de los hombres de talento se deben justamente á que su inteligencia desdeña las cuestiones secundarias y se concentra por completo en lo esencial y decisivo. De Lee se dice que; «como general en jefe, Lee no entraba nunca en detalles ajenos á sus atribuciones especiales; pero concentraba toda su viril energía en el cometido que le incumbía» (Scheibert: Guerra de la Secesión, pág. 180.) Gueisenau, dice Müffling, prescindía fácilmente de los detalles, confiando en su presencia de espíritu y en su talento; le molestaba pesar de antemano todas las eventualidades, porque decía: «No habrá nunca más que una sola que ha de realizarse, y jamás en la forma que uno se había imaginado. Estaba persuadido de que sabría salir del paso en el momento oportuno, suponiendo que todos fuesen como él, y la viveza de su imaginación no le permitía detenerse en los factores tiempo y espacio, tanto más cuanto que tenía marcada prédilección por todo lo que, dependiendo de la suerte, estaba sin embargo fundado en el valor.» (Müffling, Aus meinem Leben, página 29.) De ello fué ejemplo patente su manera de obrar en Wartembourg. Esto nos demuestra que se preocupaba poco de antemano de las dificultades tácticas y locales, cuando había resuelto efectuar una operación determinada, derivada de sus altas concepciones estratégicas. Para él, Wartembourg era una especie de fuerte de Bard, y en Bard, como en Wartembourg obtuvo el éxito realizando la gran idea estratégica, á pesar de las dificultades que había encontrado. «El genio es más bien el atributo de una voluntad apasionada que de un talento esclarecido,» dice Bülow, á quien se ha censurado erróneamente el haberse entregado á varias teorías.

El 24 de Mayo, Boudet estaba frente á Ivrea, de la que Lannes acababa de apoderarse. Loison se hallaba hacia Bard; Monnier en Châtillon;

Chambarlhac en Aosta, y Chabran había recibido la orden de sitiar á Bard. Napoleón estaba en Aosta y juzgaba así la situación general: «El enemigo parece muy asombrado de nuestro movimiento. No sabe dónde nos encontramos. Apenas puede creerlo. Juzgad, si no, de ello: La situación de su ejército en 18 de Mayo era: 12.000 hombres en Niza; 6.000 en Savona y en la costa de Génova; 25.000 delante de Génova; 8.000 en Susa, Pignerol etc.; 3.000 en el valle de Aosta; 8.000 frente al Simplón y San Gothardo respectivamente.» (A. Brune.) Vemos pues, que Napoleón estaba perfectamente enterado de la situación de los austriacos. Indica después lo que sucedió ó debió de suceder entre tanto. «El enemigo, decía, permaneció en aquella situación hasta que nosotros llegamos á Ivrea. Los 3.000 hombres, que estaban en el valle, fueron derrotados y dispersos. Todo el cuerpo, que se hallaba por la parte de Susa y de Pignerol, se había situado entre Turin y Ivrea. Niza debe estar evacuado á estas horas, probablemente. Me escriben también de Ivrea que Mélas debe de haber llegado á Turin, pero esto nos es seguro.» (A. Brune.) En suma, el paso de los Alpes tuvo un éxito completo: el enemigo fué sorprendido y no podía oponer nada á las columnas francesas, que desemboocaban de las montañas. Napoleón iba á poder comenzar, sin obstáculos, sus operaciones en la llanura. «El 26 ó el 27 de Mayo, decía á este propósito, cuento tener reunido en Ivrea todo el ejército, formando próximamente 33.000 hombres. Seré dueño de todo el país, desde el Dora-Baltea hasta Sesia. El mismo día, Moncey pasará el San Gothardo con 15.000 hombres. Suchet y Massena, que están prevenidos del movimiento, perseguirán al enemigo cuando vean que las fuerzas de éste disminuyen.» (A. Brune.)

Llegado al Var, Mélas había deducido, de varios informes, que el ejército de reserva iba á dirigirse á la Provenza y atacar de frente en la costa de Génova. Pero cuando en la mañana del 18 de Mayo, recibió del comandante general del Piamonte la noticia del paso de los Alpes por Napoleón, quedó completamente sorprendido por este movimiento é imposibilitado de oponerse de manera eficaz. Dejó, pues, en el Var un cuerpo de 17.000 hombres, porque no quería evacuar esta región, ni renunciar á la esperanza de ver bien pronto caer á Génova en su poder, y corrió á Turin. Envió al Piamonte unos 9.000 hombres destacados de las tropas que operaban en la costa de Génova. El 25 de Mayo, llegó á Turin, donde reunió unos 5.000 hombres, comprendida la guarnición y las tropas retiradas de las montañas. Mientras continuaba el sitio de Génova, quería al mismo tiempo hacer frente al enemigo en campo raso. Si comparamos este procedimiento con el de Napoleón en 1796, frente á Mantua, y los resultados diferentes de estas dos campañas, nos convenceremos completamente de que en semejante caso, la única solución justa era la de Napoleón.

Napoleón llegó á Ivrea el 26 por la tarde, lleno de confianza y exaltado por el rápido éxito de su paso de los Alpes. «Dentro de diez días, escribía á los Cónsules, habremos hecho muchas cosas.» (A los Cónsules, 27 de Mayo.) Sin embargo, como gran capitán, no veía en este primer éxito más que un medio de aumentar el resultado final. Había, desde luego, formado el proyecto de marchar por Tortona, contra Mélas, desde que desembocó en la llanura, para encerrarlo entre él y Massena y levantar así el sitio de Génova; pero, una vez en Ivrea, vislumbró algo más grande: «Es posible, decia, que yo abandone esta línea de operaciones el 29 ó el 30» (A Pétiet et Dejean, 27 de Mayo.) Massena se sostenía aún en Génova; ¿por qué Napoleón no había de aprovechar la ocasión para marchar sobre Milán y apoderarse de la Lombardía? Pasando inmediatamente el Pó, cortaría por completo la línea de retirada á Mélas.

En estos casos es cuando los procedimientos de un buen general en jefe difieren de los de un gran capitán, cuyo genio ha consagrado la historia. El primero, en esta ocasión, hubiera marchado desde Ivrea sobre Turín, derrotado á Mélas, levantado el sitio de Génova, hubiera después partido á la conquista de la Lombardía para volver á encontrar á su adversario detrás del Pó ó del Tessino. El segundo corta todas las comunicaciones del enemigo y le presenta batalla; si su adversario la pierde, ha concluído con él. Mélas fué, en efecto, derrotado, y esta sola batalla hizo caer toda la alta Italia en poder de Napoleón. El mismo procedimiento decisivo volvemos á ver en 1809, cuando el archiduque Carlos tomó victoriosamente la ofensiva entre Davout y Napoleón que mandaban cada cual uno de los trozos del ejército separados por culpa de Berthier. Aún en este caso un buen general hubiera elegido el partido menos aventurado y se habría cubierto sobre Igolstadt; el gran capitán, por el contrario, con un golpe de audacia opera contra las comunicaciones del adversario, lo destruye y consigue de este modo con una sola operación hacerse dueño de toda el Austria, hasta Viena. Por tercera vez, en Octubre de 1813, en Düben, Napoleón tendrá que elegir entre la prudencia, que le aconseja retirarse detrás del Saale, ó la audacia que le incita á franquear el Elba; pero, por un extraño cambio, permanecerá indeciso, hasta que la ofensiva tomada por el adversario contra su retaguardia en Leipzig, le obligue á obrar.

El 26, Lannes y Boudet atacaron en Romano á los austriacos, que intentaban todavía detenerlos; los rechazan al otro lado del Orco y llegan á Chivasso el 27. El mismo día, Murat tomó á Verceil con su caballería y una parte de la división Monnier. Con la protección de estas fracciones avanzadas, el resto del ejército se concentró aquel día y los siguientes en Ivrea y á vanguardia de esta ciudad. Entre tanto, las fracciones encargadas de cubrir los flancos, avanzaron igualmente. Turrean partió el 20 del Monte Cenís y del Monte Genevros para Susa, rechazó á los austria-

cos, que habían tomado posiciones en este punto, y después se situó en Bussoleno. Moncey pasó el San Gothardo el 26 y 27. El 28 se preparaba á marchar sobre Bellinzona; tenía consigo las divisiones Lapoype, Lorge y Gilliy. Una columna lateral había franqueado el Simplón y se aproximaba á Domo d' Ossola.

Napoleón, conforme á su proyecto de marchar sobre Milán, dejó desde entonces á Lannes en Chivasso para cubrir, por la parte de Turin, su marcha de flanco hacia su izquierda. Su ejército pasó detrás de esta cortina y se dirigió hacia el Tessino. Murat, que, á consecuencia de este cambio de dirección, formaba ahora la vanguardia, llegó, el 29, al Sesia, rechazó á pequeños destacamentos austriacos que intentaban oponerse á su movimiento, y llegó á Novara. Boudet y Loison le seguían inmediatamente; después venían Monnier y Chambarlhac. Moncey marchó el mismo día sobre Bellinzona.

El 30, todas las columnas francesas continuaban su movimiento hacia el Tessino, no encontrando á su frente sino unos 5.000 austriacos procedentes del Piamonte, ó en su mayor parte de Bellinzona, á los que también debían incorporarse los puestos austriacos del Simplón. El 31, Murat y Monnier llegaron al Tessino en Turbigio, forzaron el paso de dicho rio; pero no pudieron pasar adelante, porque el enemigo seguía ocupando el gran canal. En la noche del 31 de Mayo, los austriacos se replegaron sobre Milán, y las tropas, que habían continuado en observación del San Gothardo, desde Bellinzona se retiraron á Como. Murat, Boudet y Monnier aprovecharon el día 1.º de Junio para restablecer los medios de paso en Buffalora y Turbigio y acabar de franquear el Tessino. En la tarde del 2 la vanguardia llegaba ya á Milán, mientras los austriacos se retiraban á Lodi. Napoleón que acababa de saber que el fuerte de Bard se había rendido la víspera, hizo su entrada triunfal en Milán, tres horas después de la llegada de la vanguardia. Lannes había abandonado igualmente, el 1.º de Junio, su posición de Chivasso, llegando el mismo día á Verceil y recibiendo orden de dirigirse á Pavia, donde entró el 3, mientras que las demás divisiones se reunían en Milán y Chabran abandonaba á Bard para seguir el movimiento. Loison fué inmediatamente encargado de perseguir á los austriacos, que se retiraban sobre Lodi, á donde llegó el 4, encontrando la ciudad evacuada, habiéndose retirado por la noche el enemigo sobre Crema.

Moncey había desde luego mandado perseguir á la columna austriaca, que se retiraba de Bellinzona á Como; pero recibió orden de incorporarse en Milán lo más pronto posible. Una vez tomada la capital de Lombardia, la primera operación de Napoleón fué pasar el Pó, á fin de cortar completamente al adversario sus comunicaciones con la retaguardia. Pero, para no exponerse á una derrota, tenía que emplear al efecto fuer-

zas suficientes; por lo tanto le fué preciso aguardar en Milán al cuerpo de Moncey.

El 4 de Junio, fué Napoleón enterado, por un espía, de la situación de los austriacos. Supo que en los últimos días de Mayo el grueso de sus fuerzas se hallaba todavía en las costas genovesas. «Yo no creo, decía con este motivo, que el enemigo pueda tener en este momento más de 10.000 hombres de infantería sobre el Tánaro y traer de allí 20.000 antes del 9 ó del 10.» (A Lannes: Milán, 6 de Junio.) Como por el pronto no había un serio peligro por parte del enemigo, decidió enviar inmediatamente tropas al otro lado del Pó para asegurarse los puntos de paso, y además rechazar bastante lejos, para no ocuparse ya en ellas, á las columnas austriacas, con las cuales había estado en contacto hasta Milán. En su consecuencia, envió á Murat sobre Plasenci y al cuerpo de Victor sobre Pavia. Por otra parte encargó á Loison que persiguiese al enemigo hasta más allá de Crema, y que además ocupase á Orzinovi, á serle posible.

(Continuará)

CONDE DE YORCK WATENBURG

Traducción de L. TRUCHARTE



AVANCE Y FUEGO DE LA INFANTERIA EN EL COMBATE

(Continuación)

La eficacia de cada escuadra en particular se deduce del cuadro siguiente:

Dos escuadras.—30 hombres:

	Disparos por hombre en 1'	Total de disparos	Eficacia	Impactos
a) $3,37 \times 2,50 = 8,4$ hombres. . .	18	151,2	6 de 6	151,2
b) $6,68 \times 2,50 = 16,6$ » . .	18	300,0	5 de 6	250 -
c) $2,00 \times 2,50 = 5,0$ » . .	16	80,00	4 de 6	32,00
<u>30,00</u> hombres. . .		<u>531,2</u>		<u>433,20</u>
y término medio de cada uno en 1s. . .		17,70		14,44

Tres escuadras.—45 hombres:

a) $3,37 \times 2,50 = 8,4$ hombres. . .	18	151,2	6 de 6	151,2
b) $6,68 \times 2,50 = 16,7$ » . .	18	300,0	5 de 6	250,0
c) $8,00 \times 2,50 = 20,00$ » . .	16	320,0	4 de 6	213,00
<u>45,00</u> hombres. . .		<u>771,2</u>		<u>614,20</u>
y término medio de cada uno en 1s. . .		17,10		13,65

Cuatro escuadras.—60 hombres:

a) $3,37 \times 2,50 = 8,4$ hombres.	18	151,2	6 de 6	151,2
b) $6,68 \times 2,50 = 16,7$ »	18	300 -	5 de 6	250,0
c) $9,30 \times 2,50 = 23,25$ »	16	372 -	4 de 6	248,0
d) $4,66 \times 2,50 = 11,65$ »	16	186,4	3 de 6	93,2
60,00 hombres.		1009,6		742,4
y el término medio para cada uno en 1s.		16,8		12,37

Para cada una de las soluciones arriba indicadas, en la hipótesis de que cada escuadra tenga cuatro tiradores sobre la línea de fuego, se tendría la eficacia de fuego, por minuto, siguiente:

	N.º tiradores sobre la línea	Número de disparos por 1'	N.º de impactos por 1'
A) cuatro compañías, cada una con 2 escuadras	32	566	462
B) cuatro compañías, cada una con 3 escuadras	48	816	655
C) cuatro compañías, cada una con 4 escuadras	64	1075	791
D) tres compañías, cada una con 3 escuadras	36	612	491
E) tres compañías, cada una con 4 escuadras	48	806	593
F) dos compañías, cada una con 4 escuadras	32	538	395

Una compañía de 250 hombres, con el método actual de avance, que tenga que desenvolver una acción intensa de fuego, adoptará la formación densa en *guerrilla*, ocupando un frente de unos 140 pasos, y haciendo el *fuego ordinario* de máxima celeridad (6 disparos por 1') consumirá 1.500 cartuchos por 1', con una eficacia de 192 impactos por cada 600 disparos, ó sea un total de 480 impactos; es decir, aproximadamente los que se obtendrían, con la formación en *línea de filas*, empleando en la misma extensión de frente cuatro compañías, cada una con sólo dos escuadras en línea avanzada (á la distancia de 600 m.) y cuatro tiradores por escuadra, los cuales consumirían, en conjunto, sólo 566 cartuchos en vez de 1.500.

Si se empleasen, sobre el mismo frente, cuatro compañías con cuatro escuadras cada una en línea avanzada, se tendría sobre la línea de fuego 64 tiradores extendidos sobre 140 pasos. Estos consumirían, por minuto, 1.075 cartuchos con 791 impactos, ó sea casi los dos tercios solamente de los cartuchos que consumiría una compañía, en el mismo tiempo, pero con una eficacia casi doble de la obtenida por esta última. Continuando este cálculo en el avance las proporciones no variarían sensiblemente, y se obtendría, en fin, la posibilidad de reunir, en el momento decisivo, un batallón entero sobre un frente de cerca 140 pasos, ó sea 5 ó 6 hombres por paso, sin necesidad de entremezclarse hombres de diferentes compañías, lo cual es inevitable con la formación en *guerrilla*.

Es de observar, además, que si, por excepción, en un momento dado hubiese necesidad de acrecer extraordinariamente la intensidad de fuego, bien entendido, por un tiempo limitado, se podrían embeber en línea todas las escuadras que constituyen la línea avanzada; y entonces, en las diversas hipótesis y tomando por base los cálculos antes establecidos, se podría tener, sobre el reducido frente de 140-160 pasos:

	Tiradores sobre la línea	Disparos por 1'	Impactos por 1'
A) cuatro compañías, cada una con 2 escuadras	120	2124	1732,8
B) cuatro compañías, cada una con 3 escuadras	180	3084	2456,8
C) cuatro compañías, cada una con 4 escuadras	240	4038	2969,6
F) dos compañías, cada una con 4 escuadras	120	2019	1484,8
D) tres compañías, cada una con 3 escuadras	135	2313	1842,6
E) tres compañías, cada una con 4 escuadras	180	3028	2227,2

Cualquiera que sea el coeficiente de reducción que quiera atribuirse á esas cifras para obtener la eficacia real probable, subsistirá como innegable el hecho de que ninguna compañía, por muy adiestrada que esté en el tiro, sobre todo si se tiene en cuenta el rebote, podrá nunca rendir un resultado que se aproxime al que se puede obtener, en un momento determinado, con esta formación, en *línea de filas*, racionalmente empleada.

MODIFICACIONES EN LA «INSTRUCCIÓN SOBRE EL TIRO»

La instrucción sobre el tiro para la infantería debiera ser objeto de retoques, con el fin de poderse poner de relieve del mejor modo la destreza de los tiradores excelentes, y de perfeccionar esa destreza individual, con la cual se ha de poder contar de un modo seguro.

Al tiro preparatorio, ó de escuela, para los reclutas debería dársele el mayor desarrollo, volviendo á poner en vigor el excelente método sancionado por la Instrucción de 1892, cuyos resultados fueron generalmente reconocidos como inmejorables.

Este tiro, complementario de la escuela de punterías, constaría de cuatro lecciones, que podrían practicarse todas ellas á la distancia de 100 m. con blanco de $[2 \times 2]$ m., que tuviese por diana un cuadrado de 0,12 m. de lado, ó bien á la misma distancia sobre un blanco de iguales dimensiones pero con una diana rectangular de $[0,28 \times 0,24]$ m., en este orden:

1.^a lección.—Un cargador (6 cartuchos); posición *de pie*; 3 disparos

con apoyo y los 3 restantes sin él; tiro lento, con indicación del resultado obtenido en cada disparo;

2.^a lección.—Un cargador (6 cartuchos); posiciones: *rodilla en tierra* (3 disparos) y *tendido* (3 disparos); tiro lento con indicación del resultado de cada disparo;

3.^a lección.—Un cargador (6 cartuchos); posición *rodilla en tierra*; tiro rápido;

4.^a lección.—Un cargador (6 cartuchos); posición *tendido*; tiro rápido.

Las lecciones 1.^a y 2.^a deberían hacerse repetir á los menos diestros cuantas veces fuese necesario, hasta conseguir una rosa de tiro individual satisfactoria, antes de pasar á las sucesivas.

En las lecciones de tiro rápido (3.^a y 4.^a), el tiempo no debería ser limitado, pero si debiera tenerse en cuenta el que cada soldado empleara en hacer los 6 disparos útiles, es decir impactos. *Entrambas lecciones deberían ser repetidas, tanto por los menos hábiles, cuanto por los más diestros, á fin de obtener: de los primeros, el mejor resultado en exactitud, recomendando, cuando fuese necesario, una celeridad más limitada; y de los segundos, una celeridad siempre mayor, sin dejar de conservar la mayor precisión de tiro.*

La dotación de cartuchos para el tiro preparatorio ó de escuela debería ser de 24 cartuchos por recluta. Análoga dotación de 24 cartuchos debería hacerse para los veteranos; pero de ésta, sólo una parte se emplearía para mantener y mejorar en aquéllos la instrucción del tiro, quedando la remanente á disposición de los comandantes de compañía para la repetición de lecciones que tuviesen que hacer los reclutas. A este último objeto se destinaría también toda la cartuchería economizada en el tiro anual.

Después del tiro preparatorio, debería pasarse inmediatamente al tiro *individual de guerra*, que serviría para la clasificación. Para la ejecución de este tiro, allí donde el polígono de la guarnición no permite el tiro á grandes distancias, todos los batallones—con todo su personal presente—deberían trasladarse, por turno, una vez al mes y durante una semana, al más próximo polígono dispuesto para el tiro lejano. Durante la ida, la permanencia y el regreso, se desarrollarían oportunas instrucciones de campaña, sucesivamente por pelotones, por compañías y por batallones, así como una esmerada escuela de apreciación de distancias.

PRIMER MES

1.^a lección (de ejercicio), á 300 m. (6 cartuchos); posiciones: *rodilla en tierra* (3 disparos) y *tendido* (3 disparos).

Blanco: rectángulo de 1,08 m. de base por 1,32 m. de altura—dividido en tres zonas horizontales de 0,44 m. cada una;—en el centro de la zona de en medio: rectángulo blanco de 0,36 m. de base por 0,44 de altura (*conteniendo todos los impactos de la rosa, á 300 m.*); segundo rectángulo, concéntrico con el primero, de $[0,72 \times 0,88]$ m.

Puntos: 3 en el rectángulo central (blanco), 2 en el segundo y 1 en el resto del cartelón. Indicación del impacto á cada disparo.

2.^a lección (de ejercicio), á 450 m. (6 cartuchos); posiciones: *rodilla en tierra* (3 disparos) y *tendido* (3 disparos).

Blanco: rectángulo de 1,68 m. de base por 2,16 m. de altura—dividido en tres zonas horizontales iguales (de 0,72 m.);— en el centro de la zona de en medio: rectángulo blanco de 0,56 m. de altura (*conteniendo todos los impactos de la rosa á 450 m.*); segundo rectángulo, concéntrico con el primero, de $[1,12 \times 1,44]$ m.

Puntos: 3 en el rectángulo central (blanco), 2 en el segundo rectángulo, y uno en el resto del blanco. Indicación del impacto á cada disparo.

3.^a lección (destinada á la clasificación), á 450 m. (2 cargadores) posición, al arbitrio del tirador (*rodilla en tierra ó tendido*). Blanco y puntos como en la lección 2.^a; tiro á discreción, de *máxima eficacia*.

Hay que llevar cuenta exacta del número de segundos que cada tirador emplea en la ejecución del tiro.

Clasificación: se suma el número de los puntos con el de impactos; la suma se multiplica por 4,5 (hectómetros de la distancia), y el producto obtenido se divide por el número de segundos empleados en el tiro.

Los que en la 1.^a lección obtuviesen la clasificación *cero*, se ejercitarán nuevamente en el tiro preparatorio. A aquellos que obtuviesen igual clasificación en la 2.^a lección, se les hará repetir la 1.^a En fin, se pasarán á la 3.^a tan sólo aquellos que en cada una de las dos primeras hayan logrado, por lo menos, dos impactos.

SEGUNDO MES

4.^a lección (de ejercicio), á 600 m.—Un cargador; posición *rodilla en tierra*; tiro á discreción.

Blanco: rectángulo de 2,64 m. de base por 3,24 m. de altura—dividido en tres zonas horizontales iguales (de 1,08 m.); en el centro de la zona de en medio, rectángulo blanco de 0,88 m. de base por 1,08 m. de altura (*conteniendo todos los impactos de la rosa á 600 m.*); concéntrico con éste, un segundo rectángulo, de $[1,76 \times 2,16]$ m.

Traducido de la «Revista de Artillería e Genio» por

(Concluirá)

N. MARTÍNEZ Y ALOY,
Capitán de Infantería

SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

LA BALISTIQUE DES ARMES A FEU PORTATIVES, *d'après le traité*: BALÍSTICA DE LAS ARMAS PORTÁTILES, *y su anexo* TABLES BALISTIQUES, *del teniente coronel don Joaquin de la Llave y Garcia, por P. de Schietere, capitán de la infanteria belga.*—Dos tomos en 4.^o—Gante, 1903.

Laudables y aun meritorias son las traducciones cuando las obras que las motivan, literarias ó científicas, se recomiendan por su indiscutible utilidad y si el que las emprende tiene tino suficiente para no hacer gala de méritos propios hasta el punto de obscurecer con ellos los del original. En estas condiciones, aquéllas deben acogerse con buena voluntad y, á veces, hasta con fruición (que á tanto puede llegar su recomendación) en el nuevo ambiente intelectual, por obrar entonces como luminoso vehículo que desvanece sombras más ó menos densas, en el camino del saber, divulgando ideas ó conocimientos que, por su importancia, no se avienen con dominios reducidos.

De lleno es aplicable cuanto antecede á la obra que nos ocupa. Nada ha de añadir esta Revista, referente á la misma, á cuanto en tiempo oportuno dedicó en sus columnas (Serie 6.^a tomo 3.^o pág. 95) á la original; pero sí hemos de felicitar nuevamente al señor La Llave por la merecida distinción de que acaba de ser objeto, tanto por el hecho en si (que en él no sorprende) cuanto por el excelente *introduccionista* que á su hermoso libro le ha cabido en el extranjero.

En efecto, el capitán De Schietere, erudito oficial de la infanteria belga y autor de varias obras que le acreditan de topógrafo y de balístico distinguido, deseoso de difundir entre sus compañeros de arma el estudio de la balística de sus armas, con el fin de que no les resulten rutinarias y estériles las cuestiones de tiro, ha sabido buscar y encontrar la obra por excelencia para lograrlo, así como presentarla á aquéllos tan clara y explícita como á nosotros nos la ofreció su autor, con especial cuidado (y aquí radica uno de sus mayores méritos) en respetar todo su relieve.

La obra va precedida de: un premio, del traductor, encomiástico de aquélla; el prefacio, traducido, del libro original; y otro prólogo, del propio Sr. La Llave, para la edición francesa, explicativo, con sobrada modestia por cierto, del origen y génesis de su didáctico trabajo. Por su parte, el traductor ha logrado realzar su valor adicionándole las tablas de tiro y del cálculo de las ordenadas del Mauser belga y otra de tiro, parcial, de los principales fusiles hoy en servicio; todas ellas calculadas por el mismo y que por sí solas revelan su dominio de la materia.—
N. M. A.



VARIEDADES

LA VIDA MILITAR EN ALEMANIA

EL MOSQUETERO HORN

NOVELA MILITAR MODERNA

por M. ARTHUR ZAPP

(Continuación)

—Me admiro—dijo tomando el manuscrito que le alargaba el sargento y fijándose en lo incorrecto y tosco de la letra—me admira que el señor sargento encuentre aún, después de todas las fatigas del servicio, tiempo hábil para consagrarse con placer á la poesia; pero me consta que el señor sargento es poeta, y que como tal se ha revelado.

El viejo sub-oficial sonrió modestamente y un relámpago de alegría y de entusiasmo iluminó su semblante.

—Efectivamente, Horn, se apresuró á decir—es el sueño de toda mi vida—y pasándose la mano por los cabellos, ya bastante claros, se irguió con cierta majestad.—Bien puedo decir que tengo en proyecto una obra grande, y que si la realizo....—Al llegar á este punto se interrumpió, reflexionó un instante, y luego continuó diciendo.—Ya habeis notado que en el curso de mis lecciones teóricas deslizo de vez en cuando algún verso. Pues bien: abrigo la idea de escribir en verso todo el reglamento para el servicio, en forma de preguntas y de respuestas rimadas. Qué pensais de ello, Horn, ¿no es verdad que es una idea sublime?

El conscripto, completamente asombrado, miró á su superior. A sus ojos no había nada en el mundo que fuera tan prosáico como el reglamento del servicio militar, y el versificador más hábil, y el corazón más poético, no ya el de Thielke, fracasarian, de un modo cierto, al acometer tal empresa.

El soldado dirigió á su jefe á hurtadillas una mirada rápida: tenía éste fijos en la ventana sus ojos azules y soñadores; habianse transfigurado los graves rasgos de su fisonomía. Horn pensó involuntariamente en Don Quijote, el noble héroe de La Mancha. ¿Debería, acaso, desvanecer las dulces ilusiones del sargento y matar su entusiasmo?

—Creo que vuestra idea no es mala—repuso.—De cualquier modo, es indudable que un verso se queda más grabado en la memoria, que un renglón de prosa.

El sargento se volvió con rapidez hacia el conscripto.

—¿No es verdad que sí?—Dijo interrumpiéndole con vehemencia, y asiendo con viveza el brazo de Horn que estaba sentado al lado suyo,

añadió con una emoción que apenas podía contener—Si yo lo realizara, Horn ¡Dios mío! si yo lo realizara ¡si yo viviese lo bastante para tener la satisfacción de saber que mi reglamento para el servicio, escrito en verso, había sido aprobado en las altas esferas! en fin, si mi reglamento fuese circulado á todo el ejército alemán! qué triunfo, Horn, qué triunfo! Señor: creo que me volvería loco de alegría!

El sub-oficial se levantó de un salto y empezó á dar trancos por la habitación como si estuviese loco. Cuando se hubo serenado algo volvió á acercarse al conscripto.

—Los jefes—dijo—no sospechan nada todavía: en la primera presentación de reclutas les daré la sorpresa. Tengo una ansiedad horrible por saber lo que dirá de ello el señor coronel. Como le agrada, he hecho mi fortuna, Horn. Da en seguida cuenta á sus superiores: yo le entrego una copia de mi trabajo, que acto continuo es enviado al ministerio de la Guerra; el ministro de la Guerra habla de ello á S. M. y cualquier día después se recibe la siguiente orden: El sargento Thielke de la 3.^a compañía del regimiento de infantería n.º 176, se trasladará á Berlín para ser presentado á S. M. Y entonces, Horn, esto es imprescindible; tengo la seguridad de ser nombrado segundo teniente, ó por lo menos, *Feldwebelleutnant* (sargento mayor segundo teniente)¿No pensais lo mismo que yo?

—Es indudable, señor sargento—balbuceó el soldado, confundido por aquel sueño de porvenir venturoso y audaz del sargento.—¿Ha concluido V. ya su trabajo, señor sargento?—le preguntó al verse moralmente obligado á aparentar el más vivo interés en la empresa que su jefe tomaba tan á pechos.

El sargento se sonrió.

—Casi, casi, Horn: escuchad. He dividido mi obra en diez capítulos. En primer lugar la idea general del soldado; en segundo lugar, los elementos orgánicos del ejército alemán; en tercero, los cuerpos de ejército y las diferentes armas, etc., Ya he puesto en verso los nueve primeros capítulos.

El conscripto dirigió á su jefe una mirada llena de admiración y de lástima.

—Pero—le dijo—habreis tenido que vencer para eso, señor sargento, inmensas dificultades?

—Y tanto!—repuso Thielke con marcado acento de satisfacción.—A veces me parecía imposible conseguirlo. Ha habido ocasión de estar más de una semana persiguiendo un consonante. Hace ya tres años que trabajo en mi libro—y tomando el tímido continente de una joven á quien obligan á sentarse al piano, añadió:—Si, como parece, esto os halaga, señor Horn, voy á otorgaros las primicias de un capítulo.

—¿Qué duda cabe, señor sargento?—se apresuró á decir el conscripto adoptando la actitud más respetuosa.

El sargento se dirigió á su armario; sacó de él un mamotreto; volvió á sentarse junto á la mesa y dijo:

—Voy á leeros el primer capítulo de la cuarta parte, el que trata de los derechos del soldado mientras sirve en el ejército.

El sargento abrió el legajo, hojeó un poco, y empezó á leer así:

P.—Cuál es el primer acto del soldado?

R.—Recibir el mensaje del Estado.

P.—Qué recibe además de tal mensaje?

R.—Un machete, un fusil y un correaje.

Hacemos gracia á nuestros lectores de los demás versos del bravo Thielke, que sin reparo alguno había dado tortura al espíritu y á la letra del reglamento con el fin de hallar consonantes más ó menos felices y apropiados.

Cuando acabó de leer el capítulo, el sargento dirigió á su subordinado una mirada no exenta de ansiedad, y le preguntó:

—Y bien, Horn: qué decís de esto?

El conscripto que, mientras el sargento leía, había sufrido alternativamente estremecimientos de frío y de calor, no sabía qué contestarle.

—Es evidente que habreis tropezado con inmensas dificultades para hallar las rimas que necesitabais.

—Con dificultades grandes, grandísimas—repuso el sargento á modo de paladina confesión—pero en donde me hallo más perplejo es en el último capítulo de la cuarta parte, y sobre él, precisamente, es sobre el que me alegraría conocer vuestra opinión. Se trata, amigo Horn, de los derechos del soldado al socorro en dinero y en especie cuando se le impone un castigo, entre cuyos derechos figura el de un kilo de pan. Ahora bien: conocéis alguna palabra que rime con kilo?

El sargento miró con cierta malicia al conscripto que permanecía absorto y con la cabeza hecha unas devanaderas. Hizo este, sin embargo, un esfuerzo para coordinar sus ideas, y reflexionó un instante, tras de lo cual dijo, moviendo la cabeza con traza de duda.

—Aunque hay otras, no recuerdo en este momento más que una, y esa no creo que cuadre á vuestro objeto.

El sargento abrió sus grades ojos y preguntó con ansiedad.

—Qué palabra es esa?

—La palabra Milo. Supongo, señor sargento, que habreis oído hablar de la Venus de Milo?

El sub-oficial meneó lentamente la cabeza y dijo:

—Milo!... No recuerdo. Kilo—Milo, no está mal; pero, decidme: Venus, no fué una diosa romana ó griega?

—Efectivamente, señor sargento: Venus fue la diosa del amor.

—Y cómo quereis que haga intervenir á esa diosa en un reglamento

apropósito de los haberes del soldado? Eso es absolutamente imposible, Horn.

—Así lo creo yo, señor sargento.

—No, no:—dijo éste—es de todo punto imposible establecer relación alguna entre esa mujer, esa Venus y el reglamento para el servicio militar. Además, el punto que trato es demasiado serio, y hasta podría decir sagrado; pero se me ocurre una idea para salvar la dificultad.

—Decid, señor sargento.

—Acabo de reflexionar: con un poco de ánimo todo va como una seda: Escuchad bien:

El soldado que es adán
ó algo malo teje ó fragua,
preso va á ración de agua
y á más un kilo de pan.

—No os parece que he salido bien del atolladero?

El rostro del sargento estaba radiante de alegría por efecto del triunfo conquistado; el conscripto, por el contrario, se sentía mal y hallábase algo inquieto por la manía de rimar que tan arraigada veía en su superior. No queriendo escuchar ya por más tiempo la lectura de aquellas elucubraciones poéticas de su sargento, se levantó como disponiéndose á salir del cuarto.

—Y bien; qué me decís de esto, Horn?—le preguntó el sargento que parecía haberse desilusionado algo al ver que el conscripto no había aplaudido desde luego con entusiasmo su obra magistral.

—Yo?—balbuceó Pablo Horn.—Que los consonantes son perfectos y que con mucha dificultad podríais encontrar otros mejores.... Pero, perdonadme, señor sargento: aun no he limpiado hoy el fusil, y....

—Sí, sí: iros pues, Horn, y muchas gracias por el interés que os ha inspirado mi proyecto; pero, ni una palabra acerca de él—y llevándose el sargento el índice á los labios, añadió—mucha discreción, sobre todo, Horn; me entendeis? Que nadie, hasta nueva orden, sepa una palabra de esto, pues hasta que llegue el día de la presentación de los nuevos reclutas, no quiero que nadie conozca ni tenga idea de la existencia de mi reglamento para el servicio escrito en verso. Un poco de ánimo y todo marchará como una seda.

El joven conscripto no estaba en modo alguno satisfecho cuando regresó á su departamento: no tenía tanta confianza como su poético jefe en el buen éxito del reglamento para el servicio militar escrito por aquél en renglones cortos.

(Continuará)